

U N I V E R S I D A D D E C O N C E P C I O N



REVISTA DE
DERECHO

AÑO XLIII — N° 164

ENERO - DICIEMBRE DE 1976

ESCUELA DE DERECHO

CONCEPCION — CHILE

EN LOS OCHENTA AÑOS DE DON JORGE ALESSANDRI R. *

SERGIO CARRASCO DELGADO
Profesor del Departamento de Derecho Público

Quienquiera pretendiera recordar, en el día de hoy, la circunstancia afortunada de cumplir ochenta años de edad el ex presidente don Jorge Alessandri Rodríguez se vería, al destacar su trayectoria, ante el problema de tener que elegir tan sólo algunas de las facetas de la vida del ilustre mandatario.

En efecto, la personalidad verdaderamente superior del señor Alessandri permitiría referirse o destacar muchos aspectos. Desde sus inicios como el mejor estudiante del Instituto Nacional y de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile hasta su actuación como profesor universitario, diputado, desterrado entre 1927 y 1931, Presidente de la Caja de Crédito Hipotecario, organizador de empresas, Ministro de Estado, dirigente gremial, Senador, Presidente de la República y hasta hoy en que, en plena lucidez, continúa dirigiendo una de las industrias más importantes del país.

En toda su vida, tanto pública como privada, el señor Alessandri ha impreso a su actuar un sello de seriedad, austeridad, abnegación y superior inteligencia. No siempre se han respetado estos méritos o, más bien, a muchos de sus contemporáneos estos merecimientos no les han sido gratos, sobre todo porque a ellos une el poco frecuente afán de hablar con franqueza. Pero ello no debe extrañar pues —por desgracia— resulta ser algo cierto que a la generalidad de contemporáneos de los grandes hombres nunca podrá pedírseles que lleguen, durante su vida, a apreciarlos en su integridad.

En estas líneas tan sólo podríamos insistir, entre muchos, en los aspectos que quizás son relevantes en el carácter del señor Alessandri: su calidad de servidor público y el elevado concepto que ha demostrado tener de tal condición.

Si se piensa que los brillantes merecimientos de Alessandri le podrían haber llevado —como a otros— a la formación de una sólida situa-

*Don Jorge Alessandri R. (Presidente de la República, 1958-1964), nació en Santiago el 19 de mayo de 1896.

Con motivo de cumplir ochenta años de edad, diversas instituciones, entre ellas el Instituto de Chile, le tributaron homenajes.

ción en el orden privado, al margen de la atención de preocupaciones de orden general, que muchas veces es mirada con desaprensión por los propios beneficiados con tal acción, aparece aún más clara su vocación de servicio. Jamás don Jorge Alessandri ha negado su concurso a las tareas de bien público. Y como auténtico servidor de la nación las ha asumido como una carga y no por el efímero honor que ellas importan. No en vano ha manifestado que "a la vida pública se va a servir y no a recibir honores ni mucho menos beneficios". Ha sido, sin duda, tal consagración a las tareas de bien público sobre la base de una cristalina honradez y desinterés, lo que le ha hecho ganar un lugar, que cada vez será más importante, en la historia del país.

Hay quienes piensan que es condición indispensable en la vida pública prodigar sonrisas, halagar, opinar siempre como piensa el interlocutor o el grupo mayoritario; en fin desarrollar una mal llamada "personalidad política". Nada más ajeno al carácter del señor Alessandri quien, aun cuando poseedor en alto grado de las características de calor humano que hicieron famoso a su ilustre padre, jamás ha transigido con la demagogia e invariablemente ha preferido el camino no siempre fácil de la verdad, aunque ella no sea oportuna, al de crear momentáneas adhesiones o fomentar incumplibles ilusiones.

Y no obstante tan rígido concepto, nada más auténtico que el crecimiento de la popularidad del gobernante durante los años finales de su Administración. No hay duda que el Alessandri de 1964 recibía más adhesión que el candidato de 1958. Cuando el ex Presidente abandonaba sonriente el Salón de Honor del Congreso Nacional, después de entregar las insignias del mando, y la multitud le acompañaba hasta su domicilio, se establecía un hecho absolutamente nuevo en la historia de un país: que un gobernante abandonara el poder en medio del fervor del pueblo por el cual había gobernado. No era, hasta entonces, ésa precisamente la tradición política.

Acaso parecía que con ello Chile demostraba presentir que en Alessandri había tenido el padre severo, pero justo, que los pueblos buscan en los instantes de conflicto general. Pudo decir entonces, con verdad, al abandonar el mando: "Me queda, sin embargo, la compensación de haber servido a mi país con la más total dedicación, con desinterés e independencia absoluta y más que nada, de conservar el afecto de esos miles de ciudadanos modestos que desde norte a sur me han acompañado permanentemente en tal ardua jornada, con lealtad conmovedora, y que integran esa masa enorme que sufre y labora al margen de la política. Con maravillosa intuición han comprendido la honda sinceridad de mis afanes por servirlos con infinita comprensión, con decidida lealtad, porque presienten que he velado en todo momento con los más débiles, que han sido siempre los grandes olvidados, porque el afán político se encamina de preferencia a servir a aquellos que disponen de más medios para hacerse escuchar".

En un país que en algunas épocas ha estado destituido, en sus principales jerarquías, de personas de pensamiento sólido e imaginativo y más

bien entregadas aquéllas a personeros de esos "que se debaten en un mar sin marcas", Alessandri destaca como poseedor de meridional intuición política. Capaz de entender los procesos sociales y políticos a la luz del raciocinio y, además, de la sensibilidad, don Jorge Alessandri se ha adelantado muchas veces a los sucesos del porvenir. Si se lee, por ejemplo, el que será —en la medida en que se conozca mayormente— histórico mensaje al Congreso Nacional del año 1963 en que expresa su preocupación por el futuro de la nación, se podrá recordar la voz del estadista manifestando: "Un hondo imperativo patriótico me impulsa a prevenir a los sembradores de ilusiones y quimeras, porque pueden tener más tarde una amarga y tal vez trágica cosecha. ¡Tengan cuidado!, porque ante la imposibilidad de ir más de prisa que este gobierno, no faltarán quienes para aquietar las expectativas defraudadas, piensen o propicien lanzarse por la pendiente del despojo, que si bien satisface el más hondo y negativo sentimiento de los hombres, que es la envidia, produce efectos que no sólo son efímeros sino que por entero contraproducentes para hacer más rápida la pronta satisfacción de los explicables anhelos de una vida más holgada para todos, aparte de la mancha indeleble que ello pondría en la limpia tradición de juridicidad, de la cual con razón Chile se enorgullece".

Aún hoy, en su activo retiro, las opiniones de don Jorge Alessandri R. tienen siempre ese sello de visión de lo futuro y de consideración, en su análisis, de todo lo que interesa a los chilenos. De certera intuición, las previsiones del señor Alessandri suelen verse confirmadas por los hechos.

Don Jorge Alessandri R. al cumplir ochenta años de edad vive hoy, como desde hace muchos años, en un modesto y antiguo departamento de la calle Phillips, enfrente de la Plaza de Armas de Santiago. El hombre al cual se quiso señalar, con insistencia, como un potentado económico llega a una edad avanzada sin otros bienes materiales que una parcela, un viejo automóvil y unas cuantas acciones. Pero posee, en grado sumo, otras riquezas de mayor entidad, consistentes en el afecto de un pueblo y en la perdurabilidad de las obras realizadas en el servicio del país.

Allí recibe a personas de toda condición y en un ambiente de sobriedad que lleva a pensar instintivamente en el Austria de San Lorenzo del Escorial, Alessandri demuestra que sus condiciones personales y su experiencia de gobernante lo convierten hoy en uno de los mejores conocedores del alma nacional.

Quizás para quienes le han visto como defensor de un principio de respetabilidad de la propia autoridad, como fundamento de la prestancia moral en su ejercicio, podrían ciertos rasgos inducir a señalarle como altivo, pero es una de sus cualidades sobresalientes la cristiana sencillez del ex-gobernante, propia de las personalidades superiores, que no precisan revestirse de oropel y forma para afirmar su categoría.

Don Jorge Alessandri no sólo es acreedor al recuerdo ciudadano por su trayectoria ejemplar, por ser autor de textos de verdadero servicio

al trabajador y al país como, por ejemplo, entre otras la Ley de la Semana Corrida, o por sus realizaciones de gobierno, entre las cuales destacarán siempre los planes habitacionales y camineros, sino que lo es quizás, y por sobre todo, porque el país conoce y presiente que no ha sido un accidente más en la vida de la República, sino que un auténtico gobernante, de hechura de estadista, muy por sobre el medio político en que le correspondió actuar y porque en la austeridad y sobriedad de su vida ha visto la esencia de la respetabilidad del gobernante.

Cuando se acallen las discrepancias de la época y se agigante el recuerdo de su permanente enseñanza moral y de su fecunda obra de gobernante, la Historia dirá, sin duda, que en la galería de los grandes Presidentes de Chile, a don Jorge Alessandri le corresponde el sitio que ya le han asignado la veneración y el respeto de sus conciudadanos.